

ÁFRICA SUBSAHARIANA EN BUSCA DE ENTIDAD

*Lucía Alonso Ollacarizqueta**

Guerras, enfrentamientos armados, inestabilidad política, disturbios sociales se han sucedido a lo largo de 1998 en África subsahariana. Desde Angola hasta Eritrea, de Guinea Bissau a Zimbabue, África al sur del Sahara parece sumida en una confusión ininteligible.

Pero, por varias razones, el mundo occidental desea distinguir las causas de la entropía y sistematizar la realidad para comprenderla. Los medios de comunicación tampoco escapan a esta pretensión. Sin embargo, las condiciones y criterios que rigen la actividad periodística propician la explicación unicausal de crisis y conflictos, lo que induce fácilmente a simplificaciones y generalizaciones.¹

Así, en el caso del África subsahariana, se concluye que todas las crisis y conflictos nacen de las diferencias tribales. Se suele decir que «los africanos se odian, se matan o se hacen la vida imposible unos a otros por el mero hecho de pertenecer a tribus diferentes, siempre lo han hecho y siempre lo harán; no merece la pena pues buscar otras causas». Quienes prefieren una explicación políticamente algo más correcta, añaden que las desavenencias tribales son aprovechadas y alimentadas por aquellos, por lo general extranjeros, que desean controlar las extracciones de minerales. En definitiva, las guerras, conflictos y hambrunas de 1998 no son sino las calamidades típicas, y típicas, de una de las regiones más desfavorecidas del mundo.

* Lucía Alonso Ollacarizqueta, es investigadora del Seminario de Investigación para la Paz (SIP), Zaragoza

¹ Sobre el modo de informar de los medios de comunicación y sus consecuencias v. María Pilar Diezhandino Nieto, «De la desconexión entre informantes e informados», *Claves de razón práctica*, nº 89; o Noam Chomsky e Ignacio Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona, 1995..

Es cierto que desde Guinea-Bissau hasta Zimbabue, de Angola a Eritrea, las armas han tomado de nuevo la palabra: Guinea Bissau, Sierra Leona, la República Democrática del Congo (antiguo Zaire), Sudán y Angola son escenario de conflictos armados; Etiopía y Eritrea se declaran la guerra; Uganda sufre las actividades de varios grupos armados; Ruanda y Burundi no terminan de encontrar el camino hacia la paz; la situación política en Kenia es sumamente inestable, lo mismo que en Zimbabue; Mozambique se enfrenta a una dura posguerra; Nigeria, en medio del escepticismo de sus ciudadanos, busca el camino de la democracia, y en la construcción de la nueva Sudáfrica se advierten más sombras que luces. Además, todos estos países se ven involucrados en los conflictos de sus vecinos más o menos lejanos.

No obstante, un examen de estos acontecimientos basado en los odios tribales es insuficiente y resulta forzado. Es más, el argumento tribal no hace sino oscurecer y confundir cualquier intento de análisis serio.

Infravolarar las particularidades

Definir el conflicto de Guinea-Bissau como conflicto étnico, por ejemplo, es distorsionarlo de tal modo que apenas resulta reconocible. Guinea-Bissau, como Estado, mantiene buenas relaciones con Senegal. Éste país se enfrenta desde hace tiempo a los deseos secesionistas de la región de Casamance (el territorio senegalés entre Gambia y Guinea-Bissau). Precisamente a través de la intervención diplomática de Guinea-Bissau, Senegal y el Movimiento de las Fuerzas Democráticas de Casamance, que en 1982 inició la lucha armada, establecieron una tregua en 1993. Pero la situación se deterioró y las negociaciones de paz, previstas para 1996, fueron aplazadas, al tiempo que los enfrentamientos se recrudecían.

En este contexto, la alegada venta de armas a los secesionistas casamanceses por parte de altos mandos militares de Guinea-Bissau se convierte en un grave incidente. El supuesto responsable, general de brigada, jefe del Estado Mayor y antiguo guerrillero, Ansumane Mane, es destituido y se rebela contra el Gobierno. El ejército en pleno se une a la rebelión. Mane afirma que no se trata de un golpe de estado; simplemente quiere terminar con la corrupción en el país y que se celebren

nuevas elecciones. Mientras, el Gobierno de Senegal envía a más de 1.300 soldados para apoyar al presidente de Guinea-Bissau, João Bernardo (*Nino*) Viera. El enfrentamiento armado está servido.

Viera, uno de los principales comandantes de la lucha guerrillera por la independencia, llegó al poder mediante un golpe de estado en 1982, aunque ganó también las controvertidas elecciones de 1994. En cualquier caso, su partido, el PAIGC (*Partido Africano para a Independência da Guiné e Cabo Verde*), se ha mantenido al frente del Gobierno desde la independencia del país.²

Otro caso, que el argumento tribal desfigura, es la guerra entre Etiopía y Eritrea. A su inicio, en mayo de 1998, pasó casi desapercibida para casi todos los medios de comunicación, pero meses después, muchos de ellos la presentaron como un súbito incidente surgido aparentemente de la nada. Sin embargo, su gestación ha sido larga y el motivo no es baladí, al menos en el marco del actual concepto de Estado, pues se trata de la delimitación de las fronteras entre ambos. La cuestión adquirió relevancia a partir de 1993, año en que Eritrea alcanzó la independencia, de la que había carecido durante más de 40 años, dado que entonces formaba parte de Etiopía.

El contencioso se ha ido configurando a lo largo de la historia, especialmente a partir de 1896.³ Las encontradas ansias colonialistas de Italia y Gran Bretaña, la voluntad de independencia etíope, las dos Guerras Mundiales y sus consecuencias, establecieron, para luego difuminarla, la línea divisoria que marca los límites territoriales de un Estado.

Algunos analistas consideran que las hostilidades, desatadas entre Etiopía y Eritrea por las fronteras, no son sino el estallido de las desavenencias que tensan las relaciones entre ambas desde la caída de Mengistu Haile Mariam en 1991. Desavenencias que van desde la pérdida de una salida propia al mar por parte de Etiopía, hasta la contrarie-

² El PAIG, fundado en 1956 y dirigido por Amílcar Cabral y Rafael Barbosa, inició la lucha armada en 1961 y declaró la independencia unilateral del país en 1971. Para ampliar datos, v. Hipólito de la Torre (coord.), *Portugal, España y África en los últimos cien años*, UNED, Centro Regional de Extremadura, Mérida, 1992; especialmente Antonio Ventura «Os processos independentistas das Colónias portuguesas (até 1974)», pp. 105-116.

³ V. Lucía Alonso Ollacarizqueta, «Conflicto fronterizo entre Eritrea y Etiopía», www.alertnet.org.

dad con la que éste país recibió la instauración de la moneda eritrea, el nakfa. Las decisiones y las acciones que cada Estado ha ido tomando y que afectaban al otro, se han ido convirtiendo en agravios que reclamaban una respuesta.⁴

Para dos Estados incluidos en la lista de los pobres la guerra es un lujo. Pero ambos cuentan con una capacidad militar heredada de décadas de enfrentamiento armado. De hecho, a finales de la década de los ochenta, el régimen marxista de Mengistu dedicaba el 70% de sus ingresos a la compra de armas para combatir a los Frentes de Liberación activos en Etiopía y Eritrea, que a su vez recibían ayuda de EE UU a través de Sudán.

En la actualidad, las relaciones entre Washington y Jartum son bien distintas,⁵ pero ironías de la geoestrategia, el Gobierno de Bill Clinton sigue beneficiando a los antiguos líderes de la oposición armada, hoy gobernantes de Eritrea y Etiopía, aunque hoy el objetivo declarado sea «contener el peligro proveniente de Sudán». A este propósito, EE UU concedió en 1997 un paquete de ayuda militar por valor de 20 millones de dólares, a Etiopía, Eritrea y Uganda.

Los límites de las fronteras

Los dos casos mencionados son sólo un ejemplo de la conflictividad que asola el subcontinente. Y un atento examen de los acontecimientos revela que en la mayoría de los conflictos internos, también están involucrados los vecinos africanos.

Lo mismo ocurre en Sierra Leona, cuya actual conflagración es definida por algunos como un «desbordamiento» de la reciente guerra en Liberia.⁶ De hecho, durante el enfrentamiento armado sierraleonés, las tropas del Frente Patriótico Nacional de Liberia (NPFL), lideradas

⁴ V. Michela Wrong, «Prickly Horn of Africa states threaten to fight over border», *Financial Times*, 21 de mayo de 1998.

⁵ Valga recordar aquí el bombardeo estadounidense de una fábrica, según Washington de armas químicas, en realidad, de productos farmacéuticos, en los alrededores de Jartum (20 de agosto de 1998) como represalia a las bombas que explosionaron en las embajadas de Estados Unidos en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania) el 7 de agosto de 1998.

⁶ «Sierra Leona: War without end», *The Economist*, 21 de noviembre de 1998.

por el hoy presidente, Charles Taylor, ofrecían armas y «vagas promesas de diseminar riqueza y libertad y terminar con la corrupción»⁷ a la abandonada población del interior. Así, el NPFL gestó la formación del Frente Revolucionario Unido (RUF), en represalia por el apoyo que el Gobierno de Sierra Leona otorgaba a un movimiento armado rival en Liberia.

Los elementos que configuran la guerra sierraleonés, iniciada en 1991, son complejos y numerosos: desde la brecha existente entre los krio⁸ (descendientes de los esclavos retornados de las Antillas, que se asentaron en Freetown y sus alrededores, y cuya asimilación de la cultura occidental les asistió en la conquista de ciertos privilegios) y el resto de la población del interior, hasta la lucha por el dominio de los recursos económicos, muy especialmente las explotaciones mineras, que ha marcado la historia del país desde principios del siglo XIX.⁹

La pugna por el control de esos recursos ha pervertido el actual conflicto hasta convertirlo en una enconada y cruel carnicería.¹⁰ Miembros del ejército (hoy prácticamente inexistente) se han convertido en *sobels* (soldados y rebeldes); han surgido grupos armados de pillaje y movimientos de defensa civil como los *kamajors*; y han proliferado las empresas de seguridad privadas, que como la sudafricana Executive Outcomes, respaldan a las fuerzas gubernamentales y defienden las minas. Y entre todos ellos se encuentran las tropas de ECOMOG, en su mayoría nigerianas.

Así, el conflicto de Sierra Leona es, por extensión, el conflicto de Liberia en una doble vertiente; por un lado, por el apoyo que el NPFL presta al RUF y, por otro, por la intervención de las fuerzas de ECOMOG, que en principio habían sido destacadas como retaguardia de las que actuaban en Liberia.

Si bien es cierto que la intervención de ECOMOG, en febrero de 1998, para reinstalar en el poder a Ahmed Tejan Kabahh, presidente

⁷ Idem.

⁸ El término *krio* es una evolución de la palabra *creole*, criollo.

⁹ Para ampliar datos, v. M.H.Y. Kaniki, «La economía colonial: las antiguas zonas británicas», *Historia General de África. Vol. VII. África bajo el dominio colonial (1880-1935)*, Tecnos/UNESCO, Madrid, 1987.

¹⁰ V. Observatorio de Conflictos del CIP, «Sierra Leona», *Papeles de cuestiones internacionales*, nº 66, 1999, pp. 73-77.

electo en 1996,¹¹ fue una decisión unilateral de Sani Abacha, que entonces gobernaba Nigeria, también es verdad que esta acción fue aprobada *a posteriori* por la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (de la que procede su mandato), por la Organización de la Unidad Africana y por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Pero en cualquier caso, en un país deshecho por una guerra, en la que están en juego una multiplicidad de intereses, la referencia de apoyo del actual presidente es precisamente ECOMOG, cuyas tropas Nigeria no parece dispuesta a mantener indefinidamente en un territorio relativamente lejano.

Otro ejemplo de vecinos en conflicto es el de Uganda. Jartum acusa al Gobierno de Museveni de dar cobijo al SPLA (*Sudan Peoples Liberation Army*) y en represalia apoya al *Lord's Resistance Army*, un movimiento activo en el norte de Uganda. El apoyo que Museveni diera al FPR¹² para combatir al Gobierno de Habyarimana en Ruanda, así como el apoyo a Kabila, hoy al frente de la República Democrática del Congo, le ha valido al país de los lagos la aparición de otros dos movimientos armados: el Frente de Liberación del Nilo Occidental (WNLFF), que reúne a rebeldes ugandeses, fuerzas leales al Gobierno de Jartum y antiguos soldados de Mobutu; y las Fuerzas Aliadas Democráticas (ADF), una coalición de *tabliqs* (secta islámica), antiguos guerrilleros del Ejército Nacional para la Liberación de Uganda, antiguas milicias gubernamentales rwandesas y fuerzas leales al régimen de Mobutu.¹³ Para combatirlos, el Gobierno de Kampala aduce que se ha visto obligado en ocasiones a traspasar fronteras; transgresión que ha supuesto el enfrentamiento con Kabila, a quien antes apoyara.

Esta cadena de apoyos y contrapugnas tiene su origen en la época de las luchas de liberación, en las pasadas décadas de los sesenta y se-

¹¹ Las elecciones, dirigidas por el Reino Unido, se celebraron en plena guerra y sólo se llevaron a cabo en las ciudades, pues se consideró que las zonas rurales eran «demasiado peligrosas», v. «Sierra Leona. Vote to nowhere», *The Economist*, 2 de marzo de 1996.

¹² Este apoyo era una «contraprestación» de Museveni al FPR por la ayuda que el Frente Patriótico Ruandés le había proporcionado en su camino hacia el Gobierno de Uganda.

¹³ «Africa's poisonous Hutu-Tutsi divide», *The Economist*, 24 de enero de 1998; Anna Borzello, «Rebels unite to threaten Museveni», *The Guardian Weekly*, 19 de abril de 1998, y «Rebels step up Ugandan terror raids», *The Guardian Weekly*, 28 de junio de 1998.

tenta, cuando los Estados que habían alcanzado la independencia asilaban a las fuerzas de liberación de sus vecinos, y en revancha, éstos organizaban o ayudaban a movimientos rebeldes en el interior de ese país (la RENAMO en Mozambique fue un ejemplo de este tipo de políticas). Esta dinámica se ha convertido en una espiral difícil de quebrar.

Pero no todas las intervenciones son revanchas. La de Zimbabue en el conflicto de la República Democrática del Congo, por ejemplo, está instigada por otros factores. El más conocido se refiere a los supuestos intereses que tienen altos cargos del Gobierno de Harare en la extracción de minerales. Este argumento, sin embargo, parece insuficiente para justificar dicha acción. Es más probable que la intervención esté relacionada con los problemas internos del país, con la deteriorada situación económica, consecuencia en parte de los Programas de Ajuste Estructural del FMI, con el aparentemente interminable Gobierno de Robert Mugabe y con el consiguiente descontento de los ciudadanos. Ni siquiera las anunciadas medidas de reforma agraria, por las que se expropiarían terrenos a los plantadores blancos para concedérselos a los agricultores negros, han conseguido frenar los disturbios en las ciudades. Y tal vez Mugabe tema desenlaces como los acontecidos en Zaire o en Indonesia. En este contexto, su actual apoyo a Kabila sería una forma de advertir a sus ciudadanos, que el tiempo de las revueltas civiles ha terminado, o al menos que él no está dispuesto a tolerarlo.

¿Todos contra todos?

Probablemente un razonamiento similar subyace a la intervención de otros Estados en el conflicto de la República Democrática del Congo, y al beneplácito que esas acciones han recibido de la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC): evitar que la acción armada de Laurent-Desire Kabila en 1997 deje de ser un caso excepcional para convertirse en un peligroso precedente.

Pero además, cada uno de los actores externos directamente involucrado cuenta también con sus propias razones.¹⁴ Además de las ya mencionadas, se piensa que el despliegue de alrededor de 13.000 solda-

¹⁴ Contingentes de Namibia, Angola, Zimbabue y Chad apoyan a las fuerzas de Kabila, en tanto que los de Uganda y Ruanda se oponen a las mismas.

dos por parte de Zimbabue obedece asimismo a una cierta rivalidad que Mugabe parece haber desarrollado frente a Nelson Mandela. En este sentido, sofocar una rebelión, que los buenos oficios diplomáticos de Sudáfrica no han podido contener, sería percibido por el presidente de Zimbabue como una victoria frente a la comunidad internacional, y a la SADC, que le ayudaría a recuperar una imagen que ha ido perdiendo brillo.¹⁵

Para el Gobierno de Angola, las razones son mucho más pragmáticas: cortar una de las más importantes vías de abastecimiento de la UNITA, por un lado; y por otro, acceder directamente a Cabinda, región rica en petróleo y en la que desde hace años opera el Movimiento para la Liberación del Enclave de Cabinda, mediante el despliegue de sus tropas en la franja costera de la República Democrática del Congo.

Resulta algo más complejo desentrañar las razones que han llevado a un cambio de postura en Uganda y Ruanda. Ambos países apoyaron inicialmente la campaña de Kabila y hoy luchan contra sus efectivos. No obstante, parece que responden a la incapacidad de Kabila de pacificar el este de la R.D. del Congo y de atender las demandas de los *banyamulengue*, con las consiguientes repercusiones para sus vecinos. La interpretación de Kinshasa, sin embargo, las califica como indicio del «peligro tutsi» alimentado por las ambiciones imperialistas de Uganda y su aliada Ruanda.¹⁶

Tampoco la actuación de otros Estados en la actual crisis de la República Democrática del Congo proporciona todas las claves de dicho conflicto. Hay que tener en cuenta también la prometida, y nunca formalizada ayuda externa, que se ha paralizado en respuesta a las obstinadas trabas de Kabila a la misión de investigación de derechos humanos de la ONU.¹⁷ Lógicamente no han de olvidarse los factores internos, en gran parte secuelas del Gobierno de Mobutu Sese Seko, es decir, el empobrecimiento del país, el deterioro de sus infraestructuras, o la desestructuración social degenerativa que viene sufriendo el país.¹⁸

¹⁵ Sobre las repercusiones del conflicto de R.D. Congo en la SADC, v. «Southern Africa divided. A diplomatic casualty», *The Economist*, 3 de octubre de 1998.

¹⁶ V. Catherine Coquery-Vidrovitch, «Congo: ¿de la rebelión a la insurrección?» y Mwayila Tshiyembé, «África: ambiciones rivales en los Grandes Lagos», *Le Monde diplomatique* (ed. española), enero 1999.

¹⁷ «New Congo, same old ways», *The Economist*, 2 de mayo de 1998.

¹⁸ V. João Cravinho, «El conflicto en el Congo y en África Austral», *Papeles de cuestiones internacionales*, nº 66, 1999, pp.65-71.

Propósitos de gigantes

También Nigeria adolece de problemas similares, aunque con matices significativos.¹⁹ A principios de 1999, parecía que la dinámica golpista, que ha caracterizado 28 de los 38 años de independencia del Estado federal, no podría romperse. A las elecciones convocadas para agosto de 1998, los cinco partidos autorizados por el Gobierno presentaron un solo candidato: Sani Abacha, el mismo general que tras las anuladas, y largamente anunciadas, elecciones de 1993 diera un golpe de estado para hacerse con el poder.

Pero, ironías de la historia, menos de dos meses antes de los anunciados comicios, Sani Abacha sucumbió a un infarto. La Junta Militar de Gobierno proclamó entonces presidente a otro general, Abdusalam Abubakar, a quien la población recibió con mucho escepticismo, al igual que la comunidad internacional, sobre todo cuando anunció el aplazamiento de las elecciones, y por tanto, de la restitución del poder a los civiles. En medio de los cambios, también falleció súbitamente, y ante los ojos de dos enviados estadounidenses, Moshood Abiola, supuesto vencedor de los comicios anulados en 1993.

En estas circunstancias, y pese a los agüeros, Abubakar ha cumplido su palabra, y desde finales de 1998 hasta principios de 1999, se han sucedido elecciones locales, federales, al Parlamento y a la presidencia. Quizás el general estaba realmente convencido de lo que había declarado en un programa de la BBC: «No merece la pena dar un golpe de estado, porque uno se termina convirtiendo en paria de la comunidad internacional».

La gestión política y económica de Abubakar ha sido alabada, no sin cierta sorpresa. Ni en el país, ni en el exterior, se habían albergado grandes esperanzas en ella; por el contrario, se temía que no se diferenciara en exceso respecto a la de Abacha. No obstante, las elecciones y la devolución a los civiles de las riendas políticas, no son la panacea que pueda poner fin inmediato a las dificultades que atraviesa el país. Sobre el nuevo presidente electo pende, cual espada de Damocles, la duda de si podrá acometer y superar los retos que le esperan en un tiempo percibido como razonable, para evitar un nuevo golpe de estado.

¹⁹ V. Lucía Alonso Ollacarizqueta, *Nigeria*, Informe nº 9 1997, Observatorio de Conflictos del CIP/Seminario de Investigación para la Paz.

Si los desafíos que aguardan al nuevo presidente de Nigeria son ingentes, no lo son menos aquellos que en cinco años ha tenido que enfrentar el Gobierno de Mandela en su búsqueda hacia la creación del «país del arco iris». El legado de casi 40 años de segregación legislada pesa sobre las estructuras administrativas y todavía se anida en el pensamiento de algunos de sus ciudadanos. Hoy los análisis se centran en los fracasos de estos cinco años, más que en los logros: construcción de viviendas, electrificación, mejora del acceso a la educación, a la sanidad, legislación antidiscriminatoria, fomento del capital africano, etc.

En estos análisis se olvida con frecuencia que Sudáfrica se ha embarcado en una valiente y difícil tarea alejada de la norma convencional: reconocer y superar el pasado en busca de la reconciliación nacional.²⁰ La publicación del informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación ha suscitado polémicas, pero en cualquier caso, merece más atención y reconocimiento del que se le ha prestado. Como escribe Patti Waldmeir: «La muerte del *apartheid* es una de las grandes gestas políticas del siglo XX. Y así se mantendrá, cualquiera que sean sus consecuencias».²¹

En busca de alternativas

Si en algún lugar se pudo hablar de diferencias tribales fue en Sudáfrica, pero incluso en este caso conviene superar este enfoque. Desde una perspectiva diferente, los conflictos adquieren una nueva dimensión. En esta línea, también la guerra en Sudán o la crisis de Kenia ofrecen lecturas alternativas. Lo que está en juego en estos, y otros países del continente, es el concepto mismo de Estado. Los acontecimientos ponen en tela de juicio elementos básicos de ese concepto, tales como la concordancia entre territorio y nación (debatida también en otras partes del mundo); el alcance de la soberanía y su relación con el control de los recursos, sobre todo naturales; el monopolio de la violencia, o el grado de consenso (o falta del mismo) entre sociedad y Gobierno, y de la so-

²⁰ V. www.truth.org.za

²¹ Patti Waldmeir, *Anatomy of a Miracle. The end of Apartheid and the Birth of a New South Africa*, Viking, Londres, 1994.

ciudad como contrapeso al Estado tan frágil como corrupto y autoritario.

Podría hablarse de Estados no consolidados (algunos analistas los califican de Estados débiles), y en verdad su construcción se resiente de ciertas anomalías, si se la compara con el teórico modelo de los Estados europeos. Conviene recordar, sin embargo, que las estructuras de gobierno establecidas fueron, en algunos casos impuestas, en otros, simplemente creadas a imagen y semejanza de las metrópolis.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la anhelada construcción de un mundo de iguales requería un nuevo sistema de relaciones internacionales, un sistema en el que esas relaciones se estableciesen entre entidades equiparables y equivalentes, y el modelo escogido, por imperativos de la historia o de las entonces potencias, fue el del *estado-nación*. Durante la Guerra Fría los recién creados Estados africanos se acercaron al mejor postor, como si de una subasta se tratara. El consiguiente enfrentamiento entre los bloques convirtió al continente en escenario de guerras delegadas y las contradicciones, problemas y deficiencias que surgían en la creación de los nuevos Estados quedaron relegadas a un segundo plano.²²

El final de aquel período trajo nuevas esperanzas y los primeros años de la presente década fueron testigos de una ola de *democratización* que parecía augurar estabilidad y prosperidad en el continente. Pero estas expectativas se han visto truncadas, excepto para Sudáfrica, de cuyos afanes e innovaciones muy poco hablan los medios de comunicación.

En cierto modo, es ahora cuando los Estados africanos encaran realmente su independencia y por tanto emergen los fallos en sus estructuras estatales. Sin embargo, reducir las crisis africanas al fracaso del Estado, sería reincidir en explicaciones unicasales.

Todos los factores mencionados (las diferencias étnicas; los contrapuestos intereses nacionales; la delimitación del territorio; las enredadas relaciones entre los Estados, entre éstos y los grupos opositores de sus vecinos; las disfunciones del Estado) se combinan en diferente medida en los distintos casos. A éstos hay que añadir las relaciones entre

²² Para ampliar datos sobre el legado colonial en las estructuras de gobierno en África, v. Mahmood Mamdani, *Citizen and Subject*, Princeton Studies, James Currey/Fountain/David Philip, London/Kampala/Cape Town, 1996.

gobernantes y ciudadanos; las relaciones entre ejército y Gobierno, entre fuerzas armadas y ciudadanos; los desplazamientos masivos de personas; el control de los recursos naturales, sobre todo los minerales; y ciertamente la influencia más o menos tangible de otros Estados fuera del continente, así como los intereses económicos de empresas multinacionales que en defensa de sus propiedades africanas contratan los servicios de «empresas de seguridad».